



Capítulo 287 - Dejando a un lado la amistad, los negocios son los negocios.

[Horas antes...]

Virgilio en efecto había ido solo.

Pero Zafiro no era de las que dejaban las cosas al azar. Era práctica, metódica, con un autocontrol tan agudo como una espada afilada. Nada de lo que hacía era impulsivo... todo era cálculo, propósito y eficiencia. Bueno, eso se decía a sí misma: no juzguemos.

Aunque muchos creían que estaría sentada en algún trono esperando informes o observando desde lejos, allí estaba. De pie en la cima de una colina nevada bajo el sol matutino, su gabardina carmesí ondeando tras ella como un estandarte de guerra. Con las manos metidas en los bolsillos, los ojos entrecerrados en un puro y refinado aburrimiento.

Ante ella, la vista era casi poética: la mansión de Alucard (o mejor dicho, su fortaleza) estaba en plena guerra.

"Así que... al final, tal como lo esperaba", murmuró en voz baja, casi decepcionada, pero con un toque de elegante ironía.

Explosiones resonaban desde el interior de la estructura gótica, que ahora parecía un mausoleo que implosionaba desde dentro. El cielo sobre el castillo temblaba con relámpagos mágicos, y gritos resonaban por el paisaje:





lamentos, órdenes desesperadas, el sordo ruido de cabezas arrancadas, y quién sabe qué más: vampiros haciendo lo que siempre hacían mejor.

Zafiro suspiró.

"Era obvio que esto pasaría", murmuró, entrecerrando la mirada. Sus ojos se posaron en el edificio principal de la fortaleza: la antigua biblioteca, ahora epicentro de una monstruosa batalla que hacía temblar las paredes con cada impacto.

Los techos se derrumbaron. Las ventanas se hicieron añicos. Y en medio de ese caos... fue una masacre.

Vampiros contra vampiros.

Hermanos matando a hermanos. Maestros devorando aprendices. Linajes que traicionan siglos de honor por una fugaz oportunidad de sobrevivir. Un motín en toda regla, alimentado por el hambre, la frustración... y, sobre todo, el miedo.



Y, por supuesto, una generosa dosis de rebelión y revolución.

Sapphire lo observó todo como si estuviera viendo una mala obra de teatro.

"El problema de ser el hijo de Drácula e intentar ser lo contrario...", dijo, sacando una mano del bolsillo y señalando perezosamente la destrucción, "...es que, en el fondo, solo significa que quieres ser débil".

Una torre se derrumbó, derribando a docenas de vampiros que luchaban en su cima. Sus cuerpos quedaron empalados en los escombros, aunque no todos



murieron al instante. Algunos aún se arrastraban, incluso mientras ardían, intentando arrancarse el corazón con los dientes.

Zafiro no parpadeó.

"Drácula fue un hombre adelantado a su tiempo. Visionario. Loco, quizá. Pero con un propósito", dijo, como un profesor dando una clase en un aula vacía, simplemente expresando sus pensamientos al viento. "Lo encerraron por querer demasiado poder. Pero el exceso de poder nunca fue el problema. El problema... es no saber qué hacer con él".

Bajó la mirada brevemente, observando una pequeña escena cerca del límite del castillo: un vampiro menor, vestido como guardia personal de Alucard, estaba siendo destripado por dos nobles ancianos. Al terminar, uno de los atacantes sonrió, solo para que el otro lo decapitara a su vez. Ni siquiera los traidores compartían lealtad.

"Alucard, en cambio...", suspiró exasperada, "...no es más que un payaso con poder y sin control. Un niño mimado que intenta predicar moral a los monstruos. ¿Y el resultado? Creó monstruos mucho peores."

Una explosión de maná oscuro surgió de lo alto de la fortaleza, arrasando parte del castillo. El cielo se tiñó de rojo por un instante, como un velo ensangrentado que cubriera el mundo. Luego, silencio. Pero solo por un instante.

Siguieron más gritos.

Sapphire sacó su otra mano del bolsillo y cruzó sus brazos, sin expresión alguna.





"Podría haber sido rey. Un nuevo pilar para la siguiente era", murmuró, como si viera una estatua de porcelana hacerse añicos en el suelo. "Pero eligió ser mártir demasiado pronto. Eso es lo que pasa cuando un depredador intenta vestirse como humano".

Su mirada permaneció fija en el castillo en ruinas, pero una sonrisa perezosa, casi divertida, tiró de sus labios.

—Llevas un rato ahí parado, ¿verdad? —dijo en voz baja, cargada de dulce veneno—. ¿Qué tal si dejas de esconderte y simplemente dices lo que quieres?

El aire a su alrededor crujió como cristal roto, y un portal negro atravesó el espacio con el sonido apagado de un trueno. Plumas negras descendieron suavemente, describiendo espirales lentamente hasta tocar el suelo, mientras una figura emergía de la oscuridad con pasos tranquilos y seguros.

"Jajaja... es bueno saber que aún recuerdas mi aura", dijo Azazel, con esa sonrisa característica que llevaba el peso de mil intenciones ocultas.



Las alas negras se disolvieron tras él mientras se ajustaba el cuello de su chaqueta oscura y metía las manos en los bolsillos, como si acabara de dar un paseo. El viento le azotaba el pelo, y sus ojos reflejaban el infierno que consumía la fortaleza, como si el caos los entretuviera por completo.

—Me sorprende verte aquí, Azazel —Zafiro levantó una ceja, sin alterar su sonrisa irónica—. ¿No me digas que sabías que esto pasaría?

Parecían jóvenes, no mayores que un par de universitarios rebeldes ansiando el caos, pero la gravedad de su presencia decía lo contrario. Eran viejos. Tan viejos como la mismísima Guerra del Génesis. Criaturas moldeadas en épocas donde el tiempo aún sangraba.



—Oh, no seas tan cruel —respondió Azazel juguetonamente, aunque su mirada penetrante no dejaba de escudriñar la escena—. Digamos que sigo el rastro de lo inevitable. Y este lugar... apesta a tragedia.

Miró hacia la fortaleza moribunda. Otra torre se derrumbó en llamas en el horizonte, llevándose consigo a docenas de vampiros. Uno intentó escapar volando, pero fue traicionado en el aire por su propia progenie, destrozado antes de tocar el suelo.

"Los tiempos están cambiando", dijo Azazel, y su voz se tornó más seria.

"¿Viniste a ver la caída de tu viejo amigo?", preguntó Zafiro, con la mirada fija en la masacre. "Recuerdo haberlos visto juntos, cuando Sephirothy y yo arrasábamos en Los Ángeles. Alucard parecía... más vivo entonces."

Azazel sonrió con nostalgia y se encogió de hombros.

"Bueno, después de que ese Espectro intentara arrancarme la cabeza, me entró... curiosidad", bajó el tono, cargado de ira contenida. "Pensé que Alucard también podría haber entrado en la lista de alguien más".

—Entonces, ¿ahora solo eres una observadora? —Sapphire descruzó los brazos y cruzó las piernas como una estatua viviente. El suelo bajo sus pies se estabilizó, como si incluso la tierra misma se negara a temblar en su presencia.

—Amistad, claro... pero los negocios son los negocios, cariño. —La sonrisa de Azazel se torció ligeramente, con un brillo travieso en sus ojos dorados—. ¿Y tú? Estás muy lejos de casa.





"Fragmento de Excalibur", respondió Zafiro con frialdad, sin apartar la mirada de la destrucción que se avecinaba.

Azazel levantó una ceja.

—Oh... interesante. Aunque, sinceramente, creo que eso es lo que menos nos preocupa ahora mismo. Tenemos problemas más graves que... baratijas mágicas.

"Baratijas mágicas, ¿eh...?" murmuró Zafiro, mientras su mirada penetrante se clavaba más profundamente en el paisaje devastado.

—¿No me digas que no tienes ni la más mínima curiosidad? —continuó Azazel, riendo suavemente—. ¿Una Espada Sagrada que se convierte en un artefacto divino... y que es capaz de transformar otras armas en artefactos divinos? Viviane nunca tuvo un poder así. No por sí sola. Arturo debió haber hecho algo antes de morir. O mejor aún... antes de matar a ese dragón.



La sugerencia quedó suspendida en el aire como humo negro: contaminada y tentadora.

Los ojos de Zafiro se entrecerraron y la tensión en su postura aumentó.

¿Regalar información gratis...? Eso no es propio de ti, Azazel.

—Quizás no. —Se encogió de hombros con calculado desdén—. Pero le estoy prestando un poco de ayuda a Vergil. Me ahorró la molestia de eliminar a todos esos Ángeles Caídos traidores. Un trabajo limpio. Rápido. Se ha ganado su buena voluntad.



Azazel se giró parcialmente hacia ella, entrecerrando los ojos mientras estudiaba su rostro.

"Por cierto... ¿dónde está ahora?"

Zafiro no respondió. En cambio, volvió la mirada hacia las ruinas de la finca de Alucard. Una columna del ala norte del castillo se derrumbó, envuelta en llamas, y los gritos en el interior se habían convertido en ecos de una masacre en curso.

"Podemos asumir que este es el comienzo de un nuevo Reino de los Vampiros, ¿verdad?"

"Probablemente", respondió Azazel, completamente desinteresado. "Aunque dudo que dure".

"Entonces supongo que está bien si me llevo a esa chica."



Zafiro sonrió. Una de esas sonrisas: peligrosa, casi perezosa, pero llena de intenciones letales.

Azazel siguió su mirada.

Abajo, en medio del caos, Kaguya se arrastraba entre los escombros. Su pierna sangraba, y un vampiro la acechaba con ojos rojos sedientos de sangre.

¡JODER! ¡MALDITO TRAIADOR! —rugió, gruñendo como una bestia. Retorciendo el cuerpo, pateó al vampiro con una fuerza brutal, desequilibrándolo por un segundo.



Él se abalanzó de nuevo, pero ella se abalanzó sobre él y le aplastó la cabeza con los puños cubiertos de sangre, en un estallido de furia y desesperación.

Jadeando, cayó de rodillas en medio de los escombros, con el cuerpo temblando y los ojos llenos de odio.

"¡¡QUE TE JODAN!! ¡¡TE VOY A MATAR, ALUCARD!!"

El grito atravesó el cielo carmesí como una espada. Su eco se extendió por los muros del castillo en llamas como un desafío.

Zafiro la observó con expresión serena, como si simplemente estuviera eligiendo un nuevo collar.

"Tiene energía. Instinto. Trauma", dijo en voz baja.

Azazel se rió.

"Siempre tuviste un gusto extraño en cuanto a reclutas."

"Me gustan las cosas rotas", respondió, girándose ligeramente. "Son más fáciles de moldear".

"Interesante..." murmuró Azazel, con los ojos aún fijos en Kaguya, hasta que algo parpadeó en el borde de su visión.

Él giró la cabeza.

Zafiro había desaparecido.





Girando hacia el campo de batalla, la vio: una mancha roja que atravesaba el caos como una espada viviente. Su abrigo ondeaba tras ella como un estandarte de guerra, sus pies deslizándose sobre los escombros con una gracia imposible. En segundos, se paró ante Kaguya, quien aún respiraba con dificultad, arrodillada en sangre y polvo.

—¿Por qué... estás aquí?! —preguntó Kaguya con voz ronca.

—Te advertimos que si te aliabas con Alucard te jodería. No hiciste caso. — La voz de Zafiro era tranquila, casi tranquilizadora—. Ahora... silencio. Ya has gritado suficiente por hoy.

Y antes de que la chica pudiera reaccionar, un golpe rápido y limpio la golpeó en el costado del cuello. Un golpe preciso, rápido y eficaz. Kaguya se desplomó, su cuerpo flácido como una muñeca rota.

Zafiro la atrapó sin esfuerzo, cargándola al hombro como si no fuera más que un saco de patatas. Miró a lo lejos a Azazel, quien se cruzó de brazos con un suspiro de resignación.

"El mismo estilo de siempre", murmuró con una sonrisa torcida. "Franco, frío y sin pedir permiso".

Pero entonces, Zafiro se detuvo.

Sus ojos se entrecerraron. El aire tembló.

Un pulso de energía recorrió la región como una onda expansiva invisible: una presión profunda y abismal que envolvió el alma. Fría como la muerte. Familiar.



Zafiro cerró los ojos un instante. Luego los abrió, revelando un intenso brillo dorado.

—Amón... —susurró el nombre con una mezcla de sorpresa y emoción apenas disimulada.

Sin perder un segundo, dobló las rodillas, sintiendo cómo el aire se condensaba a su alrededor. Un segundo después, se lanzó al cielo como un misil carmesí, atravesando las nubes en un arco agudo de impulso y determinación.

"Oh... estás cerca de Vergil..." dijo en voz alta, con una sonrisa dibujada en su rostro. "Perfecto."

